

ayer hoy

REVISTA DE ARTE Y LETRAS

Depósito legal - TO - 20 - 1958

Núm. 65 Septiembre-October 1958

EDITA

ASOCIACIÓN DE ARTISTAS TOLEDANOS

«ESTILO»



DIRECTOR

CLEMENTE PALENCIA

SUBDIRECTOR

FERNANDO ESPEJO GARCÍA

REDACTOR-JEFE

JOSÉ PEDRAZA RODRÍGUEZ

SECRETARIO DE REDACCIÓN

JULIÁN LANCHAS JIMÉNEZ

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO:

EULALIA SAN AGUSTÍN

ALFONSO ARÉVALO

RAFAEL BRÚN

SANDALIO DE CASTRO

FERNANDO ESPEJO

FERNANDO GILES

A. GÓMEZ CAMARERO

LUIS MORENO NIETO

CLEMENTE PALENCIA

JULIO PORRES

GUILLERMO TÉLLEZ

DIBUJAN:

ALFONSO BACHETI

CECILIO G. MALAGÓN

ANTONIO MORAGÓN

JOSÉ PEDRAZA

LUIS RIAÑO

MANUEL ROMERO

POESÍAS ORIGINALES DE

EDUARDA MORO

NELIDA AURORA OVIEDO

ALFONSO VILLAGÓMEZ

POESÍAS

Y TEXTOS SELECCIONADOS DE:

HERNANDO DE ACUÑA

MIGUEL DE CERVANTES

FRANCISCO DE QUEVEDO

ANTONIO PONZ

VIZCONDE DE PALAZUELOS

R. RAMÍREZ DE ARELLANO

FOTOGRAFÍAS:

RODRÍGUEZ

IMPRIME:

R. Gómez-Menor

DIRECCIÓN:

Puerta del Sol

TOLEDO

LOS PINOS DE ROMA

A principios de 1536 llegan los ejércitos del Emperador a Nápoles.

Antonio de Leyva ocupa el Milanesado. Carlos sabía lo que iba a pasar.

—Mi primo Francisco I y yo nos entendemos perfectamente. Los dos queremos Milán.

La lucha, la guerra se hizo de nuevo inevitable. Guerra con nuevas características y sucios procedimientos.

La política de «nivelación» que ya practicaba Enrique VIII, no tener por frente en esta ocasión una Francia poderosa, fué aplicada.

Inglaterra no ayudó a Francisco I. El Pontífice Paulo III, tampoco. El Papa *conocía* al Emperador.

El rey de Francia creó para Mr. Churchill un *soberbio* pensamiento. (*Soberbia*: como pecado).

—Si es necesario me aliaré hasta con el diablo.

Turcos y luteranos entraron, junto a franceses, en acción combinada.

Los pinos de Roma, de tronco alto y frondosa copa, se inclinaron por el huracán.

Carlos, europeo, forjador de la idea «Occidente», trinó. No estaba dispuesto a ensuciar su historia política por un primo carnal, de sus mimas apetencias, si se quiere hasta las de la carne, pero de distintos procedimientos.

Era el 17 de Abril cuando la Sala del Consistorio del Vaticano estaba repleta de EUROPA.

Ante un Papa, Paulo III, rodeado de cardenales y obispos, Carlos el Emperador iba a hacer concesiones. Estaba dispuesto a dar plenas satisfacciones, mediante acuerdos sobre el Milanesado, a Francisco I. Iba a hacer política revolucionaria.

—No se pierda nada entre nosotros, entre cristianos y para el Cristianismo. Ni un ser humano más, ni una parcela de terreno.

El Embajador galo discutía sobre si el idioma a emplear debía ser el francés; y puesto que a Carlos le buscaban, le tentaban la paciencia y la razón, lo tentaron, y en habiendo empezado, lo encontraron inmediatamente.

—«*Beatissime Pater*, Muy Reverendo Sacro Colegio, ilustres y magníficos caballeros que presentes estáis: bien creo que a Vuestra Santidad como a todos los demás les sea manifiesto cuanto, así por nos, como por nuestros antepasados, desde grandes tiempos pasados hasta los que presentes tenemos, de continuo la paz y sosiego de la Cristiandad se haya procurado, deseando siempre orgullosamente emplear todo el poder y grandeza que Dios nos dió contra los paganos e infieles de nuestra fe Católica.

Y así mismo a V. S. y a todos vosotros os sea notorio cuanto por parte del Rey de Francia de continuo los tales efectos se hayan estorbado, digo de la paz de la Cristiandad y de la guerra que con ella, a los enemigos de Dios y nuestros se podían haber hecho...»

El César Carlos ha acusado al Rey de Francia de traición a Europa, a Occidente; de entendimiento con el enemigo «infidel y pagano»; de provocar la desunión entre los cristianos, y de sembrar muerte y destrucción.

Al Embajador francés le habló con ira.

«...y en cuanto al español es idioma que merece ser sabido por todos.»

El silencio angustioso. Sólo la individualidad de un verbo pretende luchar contra otro. La lucha en beneficio de la humanidad la lleva el César al campo material del desafío personal.

«Por tanto yo prometo a V. S. delante de este Sacro Colegio y de estos caballeros, que presentes estáis, si el Rey de Francia se quiere conducir conmigo en campo de su persona a la mía, de conducirme con él armado o desarmado en camisa, con una espada o un puñal, en tierra o en mar, ó en una puente o en una isla, ó en el campo cerrado, ó delante de nuestros ejércitos, o do quiera que él querrá y justo sea...»

El desafío, naturalmente, no fué aceptado por Francisco I.

Agotados todos los recursos, Carlos I declaró legalmente la guerra:

«Y conésto, yo me parto mañana para la Lombardía, donde nos rompemos la cabeza. Espero con Dios que será para el Rey de Francia *peiora prioribus*, y con esto acabo diciendo una vez y tres: ¡Que quiero paz, que quiero paz, que quiero paz!»

A la caída de la tarde el Emperador daba un paseo.

El sol en el ocaso producía purísimas tonalidades doradas. Anaranjados brillantes. El verde de los pinos, intenso. Se movía una leve brisa.

El Emperador alzó su cabeza y vió las altas frondas

A la derecha caminaba Alejandro de Médicis; la Roma poderosa e influyente. No ha mucho casó con Margarita, hija del César.

El César camina seguro, ríe burlón. Sabe que ha sembrado bien por Europa. Sembradura como la de aquellos pinos que contempla, eterna, porque son los pinos de Roma. —R.

